

do conocido y empleado por los compositores que le antecedieron.

También es peculiar en él la descomposición de los acordes en formas arpegiadas, que enriquecen y colorean el conjunto, así como su manera de concebir y tratar el elemento rítmico.

Si, más o menos, en todos los compositores pueden definirse procesos de asimilación de los que les precedieron hasta encontrarse a sí mismos, en Chopín no es fácil encontrar este proceso, pues toda su obra —y acaso sea ésta su cualidad más sobresaliente— responde siempre a un modo singular y personalísimo de sentir, de concebir y desarrollar sonoramente sus im-

presiones. Por esto de Chopín se puede decir cuanto se quiera, según el modo de ver y de sentir de quien lo juzgue; pero nadie podrá negar su personalidad inconfundible.

La música de este mago del piano vivirá eternamente, perdurará mientras exista la sensibilidad humana, por muchas y diversas cualidades que son patrimonio inherente del genio, pero, sobre todo, por una que en arte alcanza siempre la supremacía sobre todas las demás: por la sinceridad. Y es que Chopín es grande porque, como todos los grandes artistas, ha dicho, ha expresado lo que sentía, ha volcado a raudales en su obra *su verdad*; la verdad que fluía de su corazón sensible y de su alma exquisita.

